

HISTORIA DE UN BARCO

Schiffsgeschichte (1964)

Al menos algo tendría que haberle llamado la atención a don Miguel del barco al que acompañaba a su hermana Viola, y caer en la cuenta de que se trataba, tal y como luego se descubrió, de un barco equivocado. Se hacía tarde, casi demasiado tarde para llegar al puerto. Los portadores se habían adueñado del equipaje en el paso de aduanas, muelle número 5, y pese a que había sonado ya la última señal, don Miguel había cruzado la pasarela junto a su hermana para asegurarse de que se le adjudicara un camarote. Habían surgido algunos contratiempos, pero todo estaba finalmente resuelto y don Miguel pudo darle un beso de despedida a Viola, quien, inundada en lágrimas, se quedó sentada en una silla de anea en lo que allí llamaban la terraza. Apenas había puesto don Miguel pie en tierra firme, la grúa elevó la escalinata. Don Miguel había observado la complicada maniobra del barco al zarpar y había saludado a su hermana, quien de pronto le extendía su brazo, según él apreciaba, en un movimiento descomedido e implorante, y permaneció en esa postura mientras se hacía cada vez más pequeña. Cuando don Miguel atravesó el muelle, vio de pronto, grandioso y flamante, el Lutetia, el barco que había escogido para el viaje de su hermana, y durante un rato se quedó aturdido, sí, casi trastornado. Al final se consoló pensando que también el otro

barco debía dirigirse a Marsella, puesto que al solicitar el camarote, se lo habían concedido. Una vez de vuelta en casa, se comunicó con la oficina de transporte marítimo y preguntó por el nombre del navío, pero no disponían de ningún dato sobre este buque, no pertenecía a la línea regular entre Sudamérica y Europa. Quizá, por darle algo de información, podría tratarse de una de esas agencias de viajes de cruceros chárter, pero don Miguel se quedó sin saber mucho más. Obviamente no podía telegrafiar a un barco cuyo nombre desconocía, tendría que esperar hasta que su hermana le enviara alguna carta, que como muy pronto tendría que ser desde Tenerife. Pero transcurrió el plazo que había calculado sin recibir la ansiada carta. Acto seguido don Miguel dio parte a la policía.

No hemos de dar cuenta aquí de las cuidadosas, si bien por desgracia totalmente infructuosas, inquisiciones de don Miguel, tan solo mencionaremos los esfuerzos que hacía cada noche por representarse la embarcación en la que había dejado a Viola. Hasta donde llegaba su recuerdo, el barco parecía bastante antiguo, y ahora no podía comprender en absoluto cómo pudo haberlo confundido con el Lutetia, que tenía tan poco tiempo de servicio. Los salones que había atravesado apresuradamente en busca de un oficial estaban amueblados en estilo decimonónico e imperialista, y en lugar del radiante bar que se encuentra en los buques modernos, sobre la así llamada terraza, en la proa de la cubierta, solo encontró un pequeño mueble bar, algunas sillas de anea agrupadas y algunas macetas llenas de polvo. Sobre un podio se hallaba sentado un grupo musical, por lo demás en mangas de camisa, y ensayaba, hasta donde recordaba don Miguel, un viejo vals vienés llamado *Rosas del sur*. El uniforme del contraamaestre, en

contraposición, estaba cortado a la última moda, intendente que tenía algo de gallardía, de elegancia, a las que añadió murmurando, mientras se presentaba, un nombre perteneciente a la nobleza. Ya no admitimos más pasajeros, había afirmado algo petulante, y solo accedió a conceder el camarote cuando fue llevado por don Miguel hasta Viola y observó su tierno rostro, algo desvaído.

El rostro de Viola siempre había sido tierno y algo desvaído, ya desde adolescente, desde niña. ¿No se había entristecido además en cada despedida más allá de lo normal, como si fuera para siempre? Excéntrica, así se la podría haber calificado, al menos esta expresión está justificada para una sonámbula que, inconsciente de los peligros, pasea por los tejados. Don Miguel, que durante toda su vida había sido un hombre con los pies bien puestos en el suelo, tenía tal impresión de ella, y se encontraba un poco desorientado respecto a su hermana, la misma desorientación que tenía el día de su partida, día en que Viola cumplía cuarenta años. Ya que, cuando estaban todos juntos desayunando, y él y su mujer habían encargado a Viola saludar al cuñado, y los niños a su tío, esta misma noche lo verás, y puesto que Viola ante este pronto reencuentro con su marido se había espantado, murmuró algo ininteligible sobre el cumpleaños y sobre la posibilidad de algún deseo y finalmente insistió en devolver el billete de vuelo y viajar en barco. No estar aquí, no estar allí, no estar en ninguna parte. Estas palabras realmente ininteligibles las repitió varias veces, mientras a sus ojos asomaba una extraña expresión que indujo a los demás a mover con perplejidad la cabeza.

Don Miguel, que por este tiempo pasaba muchas noches en vela, al recordar el comportamiento de Viola movía de

nuevo la cabeza. Dado que la hermana, según él había pensado siempre, estaba felizmente casada, le parecía inverosímil que ella estuviera pensando en los problemáticos lances amorosos que surgen en los cruceros; pero casi que hubiese preferido pensar esto, antes que esa ansia por desaparecer durante cierto tiempo, que le recordaba la pasión con la que Viola siendo niña se escondía en cajas, cuyas pesadas y peligrosas tapas podían cerrarse de golpe o en agujeros en la arena, cuyas paredes podían derrumbarse.

Desde el momento en que don Miguel empezó a pensar en el barco sin nombre ni identificación alguna como un escondite, empezó a sudar en su cama. Al final de tales consideraciones siempre daba un salto, se subía a la azotea y miraba la parte del océano Atlántico que tenía ante sí, entre los rascacielos y las palmeras bajas. Albergaba la secreta esperanza de que el barco, afectado por alguna avería, regresara de nuevo al puerto. Él lo reconocería, las viejas cajas, pero de todas las ocasiones que, pasando frío, estuvo allí vigilando hasta el amanecer, en ninguna apareció en el horizonte un barco así. En contrapartida, don Miguel recibió un buen día noticias de su hermana, se trataba de una carta de su puño y letra.

Esta carta, que Correos entregó el 16 de agosto, se encontraba en muy malas condiciones, como si hubiera estado, si no mojada, al menos muy húmeda, y posteriormente se hubiera secado. Estaba muy arrugada y sucia, y puesto que venía sin franquear, don Miguel tuvo que pagar los costes. Como uno podría imaginar, esto no fue óbice para que se alegrara enormemente y sintiera cierta liberación al contemplar el grueso sobre. De modo que el barco arribó, pensó, y estuvo a punto de descolgar el teléfono para establecer co-

nexión con el servicio, con el que había conectado anteriormente y a quien había vuelto loco con sus preguntas. Pero sentía más urgencia por leer lo que su hermana le había enviado escrito, por saber cómo le había ido y dónde se encontraba ella ahora.

La carta, que minutos después abrió don Miguel en la azotea, era muy extensa, constaba de numerosas y delgadas páginas que habían sido escritas a todas luces en diferentes momentos, fechadas en diferentes días; sin embargo, la remitente no se había tomado la molestia de ordenarlas, tarea que abordó el escrupuloso don Miguel, convencido de que su hermana estaba viva. La fecha más temprana correspondía al segundo día de viaje de Viola y la última era del 15 de julio; el papel no era el que las compañías marítimas ponen a disposición de sus pasajeros, la carta no estaba sellada y en la última de las hojas no se nombraba ningún puerto. Tales hechos sumieron a don Miguel, antes de leer palabra alguna, en una extraña intranquilidad. Se puso en pie y llamó a su esposa, a su suegra y a sus cinco hijos, quienes se sentaron enseguida a su alrededor y empezaron a preguntar y a chismorrear hasta que él les pidió silencio. Pronto atardecería, las grandes flores rojas de los arbustos de la azotea se estaban cerrando, una bandada de pequeños periquitos amarillos emprendió el vuelo hacia el interior de una nube oscura. Desde la orilla llegaba el ruido del violento oleaje, un ruido al que don Miguel estaba acostumbrado desde hacía cuarenta y dos años, pero que en esta ocasión percibía con malestar. No llevaba mucho tiempo leyendo, cuando dicho molestar había crecido tanto que redujo su voz a un murmullo. Después leyó muy bajito, apenas movía los labios y los familiares lo contemplaban con mucho respeto y temor.

La carta, o mejor dicho, la primera hoja de la carta, empezaba en un tono jovial: hace un calor pegajoso, pero me siento bien, tengo un camarote bastante grande, un auténtico milagro, pues lo que había dicho el contramaestre era verdad: el barco tiene exceso de pasajeros y, como parece ser, de refugiados, algo que no consigo explicarme, puesto que no estamos en tiempo de guerra ni de revueltas. Llama la atención el número de niños que hay a bordo y que se mueven por cubierta sin vigilancia alguna. A la hora de comer me siento sola en una mesa, como hacen por otro lado la mayoría de los pasajeros. Por esta razón no he trabado todavía conocimiento con nadie. Todo es muy diferente al Nettuno en el que, acuérdate, una vez viajamos juntos. Si bien no podría decirte aún en qué consisten las diferencias. Me gustaría continuar con esta carta cada día un poco, para que al final puedas hacerte una idea de todo el viaje.

Tengo que decirte, ponía en la segunda hoja, que este barco, que por cierto no se llama Lutetia como tú decías, cada día me gusta más. Aquí las clases sociales no están tan rígidamente separadas como en el Nettuno. Todos los pasajeros comen juntos un menú por lo demás algo escaso. Las proyecciones fílmicas no son en el salón, sino en el exterior, en lo que aquí llaman la terraza, y es bonito contemplar cómo el movimiento del barco ondea la pantalla de tela y cómo la luna aparece ora por la izquierda, ora por la derecha, de la pantalla iluminada. La banda encargada de tocar en la terraza la música de baile para los pasajeros hace sonar, cada día antes de la comida, vales vieneses durante una hora, ocasión para la que se reúnen todos los pasajeros. Pese a estar bailando siempre, en ese preciso momento no lo hacen. Aunque ya llevamos cinco días de viaje, la usual

invitación a un cóctel por parte del comandante, tal y como se hace en otros barcos, no ha tenido lugar. El comandante no se deja ver, apenas hay marineros y no se ven oficiales en absoluto.

Te reirías, querido hermano, ponía en la tercera hoja, si supieras en qué tipo de círculo he llegado a caer, de puros ensoñadores y tarados, incapaces de contestar razonablemente a una pregunta. Son auténticos solitarios, excepto una joven pareja, ambos de hermoso aspecto, ambos tienen el cabello de un dorado metálico, y dan paseos por cubierta cogidos de la mano, y solo se detienen de vez en cuando para mirarse a los ojos. Nunca participan en los juegos que organiza el contra maestre, mientras que el resto de pasajeros, si bien de forma despreocupada y en un número cada vez menor, arroja anillos o fichitas de madera sobre una superficie en la que hay números dibujados.

La cuarta hoja se ocupaba de los fotógrafos, aquí hay uno, como en todos los barcos, pero nunca creerías lo incompetente que es. Tiene una astuta cara de zorro y una barbilla blanca puntiaguda, merodea por todas partes y en un periquete abre el trípode. En sus fotografías, al menos en las que me ha hecho a mí, no se ve nada aparte de un trozo de baranda o de cielo. Tales fotografías, fondo de barco sin personas, están expuestas por docenas en sus cajas. Él las ensalza: fíjese en los gemelos peruanos, fíjese en esta bella joven chilena, y me esfuerzo, giro las fotografías, las pongo del revés, esperando descubrir, como en aquellas engañosas figuras de los cuadros, una manecita o un pequeño rostro afilado en un rollo de cuerda o en un cinturón salvavidas. Al final el fotógrafo acaba enfadado y me quita las fotos. Ha insistido en que tengo que pagar por

las fotografías, me gustaría adjuntártelas aquí, dime si ves algo en ellas o si es que quizá yo me estoy volviendo loca.

Tal y como don Miguel ya había sospechado, las fotografías no acompañaban a los folios. En la quinta hoja que cogió, ya algo desanimado, Viola había registrado las cosas más extrañas, como el hecho de que en su barco fuera sencillamente imposible fijar la fecha, la hora o la posición. Todos los relojes, escribió ella, continuamente se retrasan o se adelantan, de camino al almuerzo pueden ser las doce y de vuelta al camarote pueden ser las cinco de la tarde. En el salón hay un almanaque que unas veces muestra un día perteneciente a un pasado lejano y otras veces un día del futuro más lejano. La banderita que debería indicar nuestra posición actual sobre el mapa del océano está ahora sobre los mares del polo norte, lo cual no puede ser otra cosa que una broma del oficial encargado de ubicar dicha banderita. Lo más sorprendente es la prensa de a bordo, que un día informa sobre acontecimientos del siglo pasado, y al día siguiente sobre las fiestas de recepción que han tenido lugar en Venus.

Nadie siente curiosidad, escribió Viola en la sexta página, nadie se sorprende, nadie pregunta. Y sin embargo hay mucho de lo que sorprenderse, por ejemplo, la cabina del operador de radio está vacía y no pueden enviarse telegramas. Hoy fui con la intención de mandaros noticias, pero no encontré a nadie en el puente de mando, tampoco había luz alguna, tan solo unos perros enormes que me dieron mucho susto, vagabundeaban por allí totalmente sueltos. Finalmente vi el brillo de una luz en la parte superior de la cubierta, reservada solo para la tripulación, y escuché voces que salían de aquel espacio iluminado. La

puerta no se abría, pero me quedé allí parada escuchando, también vi a través del ojo de la cerradura brillar botones y galones de uniforme. Las voces se intercalaban, se leía o se recitaba y tras un rato comencé a comprender de qué se trataba, a saber, de *La divina comedia* de Dante, del último cántico del Paraíso.

Hoja número siete, suspiró don Miguel, todavía seguía leyendo en voz alta, con una voz especialmente sonora, que debía ocultar su preocupación. Hoy le pregunté al contra-maestre si no habíamos atravesado todavía el ecuador, algo que, teniendo en cuenta el número de días aquí reseñados, tenía que haber ocurrido hacía ya mucho tiempo. El contra-maestre me miró sorprendido, pero no me respondió. Le entregué mi correo, panorámicas del barco con saludos para mis amigos y para tus hijos, y él lo metió en un gran saco que supuestamente sería enviado desde Tenerife, y al que pensaba confiar en el último momento también este pequeño diario. Al anochecer, cuando salí a pasear por la cubierta, contemplé horrorizada cómo un marinero llevaba precisamente este saco hasta la baranda y arrojaba al mar su contenido. Hoy comenté con mucha gente este suceso que tanto me había perturbado. Pero parecía que todos con los que hablaba encontraban el comportamiento de este marinero absolutamente normal.

A esta hoja, dijo don Miguel, acompaña un apéndice, y de esa manera cortó abruptamente las exclamaciones de sorpresa y de lamento que proferían entretanto su mujer y su suegra. Más tarde, por la noche, siguió leyendo, he vuelto a salir al aire libre, gracias a lo cual me he convertido en testigo de un ejercicio de salvamento. Este ejercicio no estaba destinado a los pasajeros, sino a la tripulación. Pero solo

unos pocos participaban en dicho simulacro, parecía una pesadilla nocturna y esto me intranquilizó aún más. El gran bote salvavidas que debía descender hasta el mar estaba atascado y durante más de veinte minutos fue imposible movilizarlo. Y una vez alcanzó el agua, los marineros no consiguieron alejarlo del barco. Parecían incapaces de remar o de tripularlo, comprimidos bajo sus rojos chalecos salvavidas, no dejaban de mirar hacia el buque calladamente, con ojos suplicantes.

La forma de la escritura de la octava hoja no agradó a don Miguel, daba sorprendentes saltos y luego volvía a comprimirse para formar las líneas. Tengo miedo, escribió Viola (y en este punto su hermano bajó su voz lectora hasta el susurro). ¿Por qué nadie habla conmigo? ¿Por qué nadie quiere hablar conmigo? Los pasajeros se esconden en sus camarotes, es imposible encontrar a alguien de la tripulación. Pese a que tendríamos que haber alcanzado hace muchísimo tiempo la costa, o al menos las islas que la anuncian, en el horizonte solo se divisan pesadas nubes fantasmales y ráfagas de lluvia, entre las cuales cada tarde se posa sobre el horizonte una pequeña bola de fuego. Cada día hay menos comida, como si las provisiones del barco se estuvieran agotando. Hoy me acordé de aquel barco portugués que cayó en manos rebeldes hace algunos años, y que vagó por el océano mientras se mantenía amenazada a la tripulación con armas de fuego y a cuyos pasajeros no se les facilitó comida alguna. Pero aquí no se ve a ningún salvaje armado. Cuando esta tarde vine a la terraza, encontré solo a los niños, estos chiquillos tan numerosos que aparentan viajar solos, de los que te hablé más arriba. Con sus estridentes gritos se asemejaban a las gaviotas del puerto que abandonamos hace

tanto tiempo, se movían a través de la oscura pista de baile, se desplazaban como funambulistas sobre las grandes mallas de redes que por la noche cubren la piscina, y trepaban por las escaleras de cuerda hasta los botes salvavidas, donde, erigidos desde la altura, saludaban y emitían breves silbidos muy agudos.

Aquí don Miguel se estremeció ante el hecho de que sus propios hijos comenzaron a soltar risitas y a silbar con los dedos. Rápidamente y con una voz más firme, si bien en un tono bajo, empezó la siguiente hoja. Hoy he hecho de tripas corazón y le he preguntado al contraamaestre cuándo llegaremos. Recibí una respuesta a mi pregunta, pero tal respuesta consistió en otra pregunta: ¿Llegar a dónde? Y he de confesar que me ha recorrido un escalofrío. Para comer he tomado un pudin diminuto, desvaído como un rayo de luna, sobre una salsa brillante de color rojo, y después me he encendido el último cigarrillo. Mientras observaba desconcertada al contraamaestre por encima de la pequeña llama del mechero, este me ha resultado familiar de pronto, me recordaba a alguien que tú también has conocido, a aquel joven petulante francés que iba a la escuela con nosotros y que fue atacado por un cocodrilo en aquella excursión que el colegio organizó al Amazonas. Al mismo tiempo, él mismo, con sus dientes sobresalientes, me recordaba a un cocodrilo. Me sobrecogí y me di la vuelta, mientras el contraamaestre, por lo demás con idénticos gestos a aquel joven francés, comenzó a dar palmadas para iniciar otro juego. Dos pasajeros tenían que sentarse sobre unos recipientes al tiempo que tenían que estirar las piernas al aire y mantenerse en equilibrio. Tales pasajeros, con los rostros muy graves y como deformados, lograron desempeñar la tarea exitosamente durante

un buen rato. Finalmente, ambos se pusieron de pie y se inclinaron el uno hacia el otro, mientras el contra maestre entregaba a uno un pañuelo de seda y al otro un modelo diminuto de nuestro barco.

Ahora llegaba la décima hoja, que comenzaba con las palabras «querido hermano». Querido hermano, escribió Viola, intento hacerme a la idea de acudir a los oficiales, algo que tú harías en mi lugar, pero estos se encierran y leen *La divina comedia*; pienso también en pedir consejo a otros pasajeros, pero a estos no les interesa lo que yo digo. Ellos están recostados en sus tumbonas como en duermavela, quizá debilitados por la escasa alimentación, quizá medio aturcidos por la ingesta de pastillas contra el mareo. Puesto que ya nadie quiere tomar parte en los juegos, el contra maestre arrastra solitariamente los caballitos de madera blancos sobre los tablonés y va cantando con clara voz de mando los números del bingo. También yo estoy tumbada en cubierta, sin moverme, mientras frente a mis ojos se forman los más fantásticos paisajes de nubes para luego deshacerse otra vez. Y si en los primeros días hacía comparaciones, ahí va un hombre con un saco a la espalda, ahí un tropel de caballos al galope, ahora solo veo formas y colores, una eterna creación cósmica de luz y tinieblas y una lenta transición hacia la fría noche, de pureza cristalina.

Don Miguel dejó la décima hoja a un lado para leer por encima la undécima, sí, simplemente le echó un vistazo, era una de las últimas, y le era fastidioso comprobar cómo las palabras versaban de nuevo sobre la bola del sol que se hundía en el mar, sobre haces de luz color esmeralda, sobre constelaciones que aparecían velozmente. Para intranquilidad de don Miguel, las últimas siempre eran las mismas, las

del hemisferio sur, las mismas constelaciones de su infancia. No puede ser, pensó don Miguel, que este maldito barco no se haya movido de lugar en todo este tiempo. La razón no podía ser el hecho de que la carta, que solo podía haber sido expedida en Tenerife, se acercara a su final. Las observaciones de Viola eran seguramente incorrectas, dado el estado de confusión en el que se encontraba. Al final de la undécima hoja escribió algo impersonal, a saber: ya no cuento las hojas, ya no sé, ni podré saber nunca, a quién estoy escribiendo ni quién soy yo. Han transcurrido dos días sin haber intercambiado palabra con nadie, tampoco he visto a nadie aparte de esas figuras envueltas en las tumbonas, gruesos capullos que quizá algún día se hundirán sobre sí mismos y entonces saldrán mariposas de ellos, como hermosas polillas que durante un momento descansan temblorosas sobre los reposabrazos. Me encantaría ver cómo rompen el capullo y emprenden el vuelo, pero estoy cansada, a veces no puedo ni subir los párpados. Solo escucho a la pareja transitar a mi lado con pasos ligeros y regulares, cogidos de la mano, solo escucho a los niños silbar y gritar estruendosamente. Ya no tengo hambre, y hasta donde yo sé, ya no se sirve nada en el comedor. En cualquier caso, el aviso del gong no se oye ni al mediodía ni por la tarde, ningún periódico aparece bajo la hendidura de la puerta y los relojes se han quedado parados.

Don Miguel, que solo había ojeado la undécima página, como ya quedó dicho, moviendo la cabeza impacientemente, tomó aire al ver la siguiente hoja. Me levanto de nuevo, Miguel, ponía allí, voy a dar un paseo. Me sorprende a mí misma espiondo furtivamente a la pareja o intentando ir a su encuentro, algún día, pienso, ambos se detendrán y

tendré que adivinar quién de ellos es la luna y quién es el sol (o quién la ardilla y quién la bellota, o quién el colibrí y quién el guacamayo). Si acierto, entonces uno de ellos me acompañará a dar un paseo por todo el barco. Entonces sentiré una mano en la mía y ya no estaré sola. También intento salir de mi letargo de otras maneras. Por ejemplo trato de imaginar en detalle vuestra casa o la mía de Zúrich, a vosotros, a mi marido, a mis amigos. Precisamente con esta intención me he dirigido a mi camarote, después de todo, en el equipaje guardo un montón de objetos personales, fotografías y cartas. Para mi sorpresa, en el corredor me he encontrado con que todas las puertas de los camarotes estaban abiertas, las camas recién hechas, dentro de los armarios, abiertos y vacíos, estaban los chalecos rojos salvavidas bien doblados, por ningún lugar había rastro de equipajes. También mi camarote estaba vacío, en el baño no había jabón ni otros accesorios, y la bata no estaba colgada sobre la percha de la puerta. Nadie acudió a mi llamada de timbre, pensé que quizá se habían llevado mis cosas a otro camarote, e inspeccioné no solo los camarotes vecinos sino también los del piso de arriba y los del piso de abajo, pero por todos sitios se me presentaba la misma estampa.

Se ha vuelto loca, murmuró don Miguel, y se secó el sudor de la frente. Su mujer puso hielo dentro de un vaso grande de cristal y le acercó una bebida verdosa. ¿Qué ocurre?, preguntó tímidamente, también la suegra y los niños cuchicheaban, meras sombras en la oscura azotea nocturna, ¿qué pasa?, y se inclinaban sobre él. Esperad, dijo don Miguel con voz ronca, y echó mano de la penúltima hoja, en cuya cabecera se hallaban las enigmáticas palabras «no nos ven».

Quienes no los veían, tal y como luego se constató, eran los barcos que Viola observaba pasar, como es bien sabido, en el océano existen determinadas rutas que han de ser seguidas estrictamente, de modo que un encuentro en esa gigantesca superficie marina no es algo tan extraordinario. Los barcos que pasan cerca uno de otro, a cierta distancia, se saludan con movimientos de banderas, también utilizan la sirena, Viola recordaba perfectamente los tres toques de anteriores viajes. Hoy, escribió ella, ha pasado el Augustus muy cerca de nosotros. Nuestro barco ha emitido los tres toques de sirena poderosamente, pero en el Augustus a todas luces no han escuchado nada ni nos han visto. Por la tarde hemos atravesado una flotilla completa de pesqueros que, pese a que el tiempo estaba totalmente despejado, no se ha dado cuenta de nuestra presencia, y no hemos colisionado de puro milagro. Yo, pese al gran cansancio que me embarga, me he arrastrado hacia la baranda y he intentado llamar la atención de la gente por medio de gestos y gritos. De pronto alguien me ha cogido del hombro, me ha echado hacia atrás y me ha tapado la boca. Al principio pensé que se trataba de aquel joven francés que murió en el viaje al Amazonas, viaje en el que me besó y cuando yo intenté gritar me tapó de esa forma la boca. Pero se trataba del contramaestre. ¿Es que no se da cuenta?, preguntó enfadado, y observé estupefacta cómo en el lugar en que yo me había situado se desprendía un pedazo de cubierta para desaparecer sin hacer ruido en las profundidades.

La decimocuarta y última página, que don Miguel desplegó entre temblores, ya no contenía anotaciones tan precisas. De nuevo él, don Miguel, era interpelado: querido hermano, no te preocupes, quizá esa ha sido mi voluntad.

Recuerdo cuando jugábamos de pequeños, ¿no consistía acaso el juego en trocar interminablemente la identidad de las cosas, esto es esto y aquello es aquello?, ¿no se presentaba a nuestros ojos cada objeto como otro muy diferente y provisto de un sentido secreto? Una vez oí que los hombres cuando se acercan a la muerte experimentan algo parecido, un pandemonio de objetos en el lugar de otros, en el que ya no es posible introducir orden racional alguno. Ir y no llegar, siempre merodeando el horizonte, sin islas, sin costas, sin puertos, sin luz. Pero me gustaría informarte todavía sobre algo, obviamente no a través de una carta postal, puesto que el correo del saco de las cartas lo arrojan cada noche por la borda. En mi neceser, que desde siempre he llevado conmigo a las tumbonas, llevo una bolsita de plástico en la que me gustaría esconder estas cartas. En cuanto nos volvamos a cruzar con un pesquero, arrojaré por la borda la bolsa con la polvera para que gane peso. Ya sabes que de niña se me daba bien lanzar cosas y acertar, más de lo que suele relacionarse con una niña. La he arrojado, y los hombres, que no me ven ni a mí ni al barco, la han cogido y mueven la cabeza sorprendidos. Luego me he vuelto a mi tumbona para embutirme en la manta, una manta india que he traído de casa, tierna, con largas vetas color azul, verde y rojo. No volveré a abrir los ojos ni a escuchar los pasos de los amantes ni los silbidos de los niños. El único ruido que percibiré será el poderoso rumor de la proa golpeando las olas.

Después de que don Miguel leyera las últimas frases, se alteró y quiso hacer algo, pero no sabía adónde ir ni qué hacer. Su mujer apoyó la mano sobre su brazo y los ojos de los niños, que lo miraban fijamente, brillaban como los ojos

de los gatos que se deslizan entre las patas de una silla. Viola no ha llegado, dijo tristemente, Viola no volverá jamás. Ya había oscurecido completamente y en el horizonte aparecieron las estrellas, por las que los barcos se rigen con ayuda de los sextantes durante sus largas travesías. En la pequeña parte de playa que podía verse desde la terraza encendieron sobre la arena una vela, como hacían cada tarde, una de esas velas con cuya luz se encomiendan las almas de los ahogados a la Virgen del Mar. Descansen en paz sus almas, murmuraban las mujeres y balbuceaban los niños, y todos se hacían la señal de la cruz en el pecho, la cruz grande y brillante que rodeada por muchas vías lácteas se alzaba sobre sus cabezas.